

JUAN VILORRO

CONFERENCIA
SOBRE LA
LLUVIA



Almadía

Un conferencista ante una mesa, con un vaso de agua. Es un hombre enjuto, canoso, de una edad variable entre los cincuenta y los setenta años. Tiene un par de libros con separadores que señalan páginas y una carpeta con hojas revueltas. Por momentos lee, en otros se aparta de las páginas y parece no sólo ignorarlas sino hablar en contra de ellas.

CONFERENCISTA: ¡Perdí los papeles! (*Revuelve hojas.*) Sí, perdí la conferencia. Pido disculpas. Perder los papeles es perder la compostura. No sé qué me sucede; mi vida entera gira en torno al orden. Clasifico una biblioteca, y sin embargo, se me escapan las cosas. Seguiré ade-

lante, puedo hacerlo. Las mejores conferencias son improvisadas. Para leer, podemos traer a un notario. Leer es una actividad mecánica. Puede ser cumplida por un autómeta, un autómeta ilustrado, eso sí. La lectura no exige tener ideas propias, pero sí seguir el ritmo de las frases, algo más difícil de lo que parece...

Hay dos escuelas básicas de exposición: la del conferencista que produce el discurso a medida que lo dice y la del que se limita a leer. La primera es más original y emocionante pero más insegura. El que diserta sin guión fijo se mueve en la línea del vértigo. Puede perder la concentración y caer al abismo en la siguiente frase. Nadie piensa en los riesgos del conferencista, en el peligro de tener —de pronto y sin razón alguna— la mente en blanco, o de que un nombre se te escape como se me escapan los objetos. Cuando no son las llaves, es la cartera, o los papeles de la conferencia. ¿Dónde pongo las cosas? O mejor aún: ¿en qué pienso mientras dejo las cosas en un sitio?

Coloco la taza de café en la repisa de un librero, pero mi mente está en otro lugar, no registra ese acto poco apasionante pero necesario. La taza de café se esfuma de mi memoria porque en realidad nunca estuvo ahí. ¿Dónde estoy cuando olvido lo que tengo enfrente? Lo peor es extraviar los anteojos. ¿Cómo buscarlos sin ver nada? Acabaré reconociendo el mundo a tientas. No busco excusas, soy sincero con ustedes, seguiré con la conferencia.

Me interesa definir mi metodología. No pensaba leer; pertenezco a un género intermedio, el del conferencista que improvisa a partir de un borrador. Necesito anotar el orden de los temas, las citas, los nombres escurridizos. Es un poco como la lista del supermercado. ¿Habré olvidado ahí los papeles? Esta mañana estuve ahí. Llevaba varias hojas, lo recuerdo bien, anotadas por Yola. Mi sirvienta pertenece a la escuela naturalista y cree que el mundo es descriptible. Escribe más que yo. Eso no es raro; soy bibliotecario, no escritor. Ella es una con-

sumidora obsesiva, que lee todas las etiquetas y conoce todas las marcas; su relación con la narrativa es torrencial. Yo camino por los pasillos del supermercado sin leer absolutamente nada. En ese sitio de temperatura controlada, más fresca de lo que me gusta, soy analfabeta. Me pregunto si Yola recorrería la biblioteca con la misma indiferencia. No lo creo; acomoda mis libros, conoce el orden alfabético. Me intriga ser más ignorante que ella en un campo ajeno, el de las conservas, los envases, las cajas de cereal narradas. Tal vez tomé todos los papeles y los llevé al súper donde, en ningún momento, pensé en lo que tenía frente a los ojos. Estuve ante un indiscriminado universo de acelgas, detergentes, palmitos y carne molida. Seguramente ahí dejé mis apuntes.

¿No es raro pasar dos horas en un sitio en el que apenas estuviste mentalmente? ¿Cómo puedo deambular por los pasillos para encontrar cada uno de los productos anotados, si no tengo una predisposición personal para dar

con ellos? Cuando busco un libro, tengo una cita especial. Conozco el color, la textura, el peso, la ubicación y la vecindad que tienen los libros que son míos. Olvido dónde dejé las llaves pero detecto cualquier cambio en un librero. Descubrí que Yola tenía sentido del humor por la inocente broma que me hizo. Alteré el orden de las novelas de Balzac. Tardé tan poco en descubrirla que no repitió la broma; su astucia carecía de misterio ante un obsesivo como yo. La biblioteca donde trabajo no puede ser dominada del mismo modo que la mía, pero sé adónde van sus rutas; no hay desvíos raros ni ubicaciones imprevistas. Incluso los libros distantes o inconseguibles ocupan un anaquelel imaginario.

El supermercado es un misterio de otro tipo, una terapia de realidad que me interesa por vía negativa: nunca podré pensarla. Se extiende, olorosa y colorida, sin interpretación posible. Me hace bien recorrer esos pasillos donde todo me es indiferente.

Me gustan más unos platicos que otros, claro está, pero la compra es para mí una operación neutra. He logrado, incluso, suprimir la irritación por los precios. Sé que todo está cada vez más caro, pero no me altero. Soy un budista entre los vegetales, en dichoso olvido de mí mismo. Me hace bien esta terapia, recorrer un mundo que puedo no leer.

En el supermercado hago abstracción de las etiquetas y sus urgencias narrativas pero las voces comerciales acaban llegando a mí. El otro día me hablaron a las ocho de la mañana para ofrecerme un cripta en Mausoleos de la Piedad. Por lo visto, califico para su programa de cadáveres a corto plazo. Un muerto joven, eso soy. La voz que me habló ya estaba muerta: “Esta llamada está siendo grabada para su seguridad”. Así dijo. Luego me ofreció una “tumba *premium*”, en cómodas mensualidades. Iba a decir un insulto pero me limité a colgar. Es lo que hago a últimas fechas. Cierro los ojos, cuelgo, trato de no oír. ¿Dónde diablos dejé la conferencia?

Es un género en desuso. Hoy en día te puedes comunicar por Skype con un ocioso que debería estar dormido a las cuatro de la mañana, en Australia. Es algo estupendo, lo sé, pero prefiero hablar en salas pequeñas, que pactan con la discreción y sólo a veces alcanzan la cifra un tanto excesiva de diecisiete o dieciocho escuchas. No doy conferencias para lucirme; no promuevo mi visión del mundo, y acaso no la tenga. He leído a otros y me interesa congregarlos. Se trata, seguramente, de una manía de solitario, y también de un aprendizaje; hay ideas que sólo surgen cuando ejercitas tu cerebro ante los otros. La conferencia es un laboratorio mental; surge ante los oyentes y el primer sorprendido es el que habla. Es bueno que haya perdido los papeles.

Se quita el reloj. Lo pone sobre la mesa.

El tema de mi charla es la lluvia. Hoy en día hasta un empresario habla de “lluvia de ideas”. Las metáforas se abaratan. No hablaré de “lluvia de ideas”. Me interesa entender el agua

imaginada por los poetas. Comenzaré lejos, en una Gruta del Origen, el *Purgatorio*, de Dante.

Después de contemplar el dolor de los iracundos, la gente irritable atrapada dentro de sí misma (con la que, dicho sea de paso, me identifico bastante), Dante habla de la función de la fantasía. Incluso en los peores momentos y en las más duras mazmorras, un impulso nos permite escapar mentalmente, ascender, subir más allá de las rocas y los muros que nos encierran y llegar al cielo para extraerle algo. ¿Qué obtenemos gracias a la alta fantasía? ¡Lluvia! El ser libre modifica el cielo. Extasiado, el que imagina se eleva. En consecuencia, según Dante, “llueve en la alta fantasía”, la zona donde el poeta cambia el clima.

Tal vez por eso se me escapan las cosas; no llego a ser poeta, no puedo prestigiar mis olvidos diciendo que estoy pensando en versos, pero algo me aleja de la realidad. Seguramente soy más feliz en mi extravío, el lugar de

la alta fantasía, pero el precio es perder los lentes, la taza de café que se enfría en una repisa.

Cuando no estoy leyendo me eclipseo con facilidad, me encierro en una nube, como si buscara un libro.

La literatura es un lugar en el que llueve. He dedicado buena parte de mi vida a coleccionar chubascos literarios. No soy un profesor ni una eminencia, pero vivo entre libros y me gusta compartir hallazgos. Me he quemado las pestañas buscando citas. La frase es arcaica, lo sé.

Es más vieja que yo, viene de cuando se leía con velas. Pero las pestañas de los grandes lectores se siguen quemando. Ahora se queman por autocombustión. Arden al advertir la lumbre de los textos. Apenas me quedan pestañas. Dirán que nunca las tuve. Falso: las ofrendé como ofrendé mi vista. Una biblioteca es un banco de ojos. Aquí están las miradas que han donado los lectores.

A veces la lluvia es aliada de mis conferencias. En esta ciudad caen tormentas torrenciales. “Llueve como llueve Dios”, decía Neruda: “como si saliera la lluvia por primera vez de su jaula”. Él vivió en Birmania y conoció ahí otra manera de la lluvia y del amor. Vivía con una mujer que dormía con un cuchillo bajo la almohada y lo blandía en sueños. La pasión para Neruda era una oportunidad de ser degollado. Sólo así logró escribir *Residencia en la tierra*.

(*Pensativo*.) Sí, a veces la lluvia sale de su jaula. Hay gente que viene a oírme sólo porque allá afuera llueve y no se quiere mojar. Algunos ya llegan mojados. Los he visto dejar un charquito bajo su silla. Otros sólo vienen a dormirse o por el vino que dan después (en caso de que den vino, o ese líquido rancio, servido en vasos de hospital, que produce cirrosis instantánea).

Las conferencias son cónclaves casi secretos, no tienen *rating*, y sin embargo, hay algo útil en hablar en voz alta.

Se dirige a alguien del público:

Considérame un romántico, un iluso, pero necesito al otro para decir algo que sólo se me ocurre mientras él se acomoda o tiritita en su asiento. ¿Quién soy yo para el despistado que trataba de protegerse de la lluvia con un periódico y llega a la sala con un trozo de la sección deportiva embarrado en la mejilla? No me conoce, no se interesa en mis asuntos, pero incluso con esa persona puede surgir un vínculo. La conferencia es eso: un vínculo entre el que sabe y el que puede hacerlo, una transfusión cerebral. No es un gran arte, reconozcamos la humildad del género. El conferencista volcánico, que cubre de fuego a los oyentes, es un fantoche. ¡Odio los alardes teatrales! Una buena conferencia revela las cosas poco a poco, no busca la originalidad a ultranza. Nadie descubre la penicilina en una conferencia.

Es un género menor, pero permite que ciertas ideas entren al corazón de los oyentes. Ojo que no digo “la cabeza”. Eso sería mucho pe-

dir. Me conformo con que alguien sienta y su corazón lata de otro modo, aunque esté bajo un jorongo de tela burda, un rompevientos amarillo o un suéter horrible. El corazón tiene derecho a una sorpresa.

Bebe agua.

El gran truco del conferencista: beber agua. Eso demuestra que está en dominio de la situación, se siente cómodo: puede hacer una pausa.

Pausa.

Es un error esperar demasiado de una charla. No es un lugar la revelación mística. Aquí no hay sitio para el profeta o el genio de mirada suplicante. Se dictan conferencias por lo mismo que se planchan pantalones. Es algo que podría no hacerse pero resulta útil. No hay conferencias "de artista". El que habla ante una mesa propone un pacto; es alguien que presta lo que sabe.

¿Quién es el autor de un chiste o de un rumor? Nadie. Los chistes y los rumores care-

cen de autoría; sólo tienen portadores. Como los virus. La conferencia es eso: una transmisión, un contagio. Hay charlatanes que se creen elegidos por la peste y hablan como si pudieran intoxicar a sus oyentes. No es bueno ser tan grandilocuente. Las conferencias deben ser virus soportables. Como mucho, provocan estornudos. Para eso sirve que algunos asistentes estén mojados.

Vivo entre libros. Conozco su circulación, la manera en que se ordenan, la dificultad para obtenerlos y preservarlos. Trabajo en una biblioteca. Una conferencia se parece al préstamo de un libro; quien habla es un intermediario. Tal vez en el futuro todos los libros se descarguen en una tableta encendida y sus letras caigan como una lluvia solitaria, tal vez soy uno de los últimos prestamistas que unían a las personas a través de los libros. Supongo que no seremos totalmente prescindibles; no del todo. Los volúmenes impresos en papel obligan a que las personas se conecten; pasan

de unas manos a otras. Mientras haya necesidad de encontrar otras manos, habrá libros de papel. Lo más importante de los libros son las manos que los entregan. *(Pausa.)* No debería hablar de eso.

(Pausa.) He ordenado una biblioteca a lo largo de mi vida y los libros han desordenado mi vida.

Parece dirigirse a un espectador en especial:

Te preguntarás si no he tenido la tentación de escribir un libro, si no he querido ser, también yo, esa variante sublime del mamífero: un autor. ¡Para nada! No necesito herrar un volumen con mi nombre como una res que va al matadero. Porque eso es el mercado, no me digan otra cosa. Un astrólogo que cura la melancolía con té de pelos de elote puede escribir un libro más exitoso que un genio. El éxito es la estadística de los cretinos. ¡Amo los libros! No necesito quedar asociado con ninguno de ellos. ¿Saben cuántos chicles hemos encontrado en la biblioteca, embarrados en páginas

ejemplares? Los rumiantes no deberían leer. Me parece increíble que uno de los estómagos de la vaca se llame "libro". ¿Qué filólogo veterinario perpetró esa ignominia? Masticar y leer son actos antitéticos. Ahí están los ratones *(ve a alguien en el público)*: nuestros comunes enemigos. Por lo menos ellos son sinceros: mastican los libros, no pretenden leerlos.

Bebe agua.

Lo pondré de esta manera: no tengo vocación de chicle. No quiero embarrarme a la fuerza a un libro. Si tuviera algo que decir lo haría, pero no es necesario estampar mi nombre en un volumen. Mallarmé ya resolvió el asunto: "El mundo existe para convertirse en libro". Todo lo que nos rodea ya es un libro, y la biblioteca es su resumen.

Mira el reloj sobre la mesa, lo toca.

La conferencia es un género menor pero en la cultura no hay tarea pequeña, eso pensaba Alfonso Reyes, dueño de una biblioteca majestuosa. Envidio la silla que tenía. Man-

dó hacer un mueble para el lector absoluto. Tenía brazos amplios, de madera pulida, con un atril para libros pesados y otro para libros más pequeños. Incluía cenicero, reposavasos, recipiente para lupas y una lamparita perfecta. Su silla era un monumento a la inmovilidad. Sin quietud no hay lectura. El que tenga hormigas en la piel que no se siente a leer. Perdón por el rodeo, debería ser más franco. Esto me afecta, más de lo que podría suponerse: el que tenga hormigas en el culo que no se siente a leer, que lleve de excursión a sus hormigas. Hay que estar fijo ante la página, mantener la tensión: el movimiento de la mente exige que se suprima el del cuerpo. ¡Pero no me vengan con poses de *El pensador!* Ésa es inteligencia para turistas. Rodin podrá ser un genio, pero me choca que haya creado ese arquetipo. Si te fijas en esa estatua, todo en ella es común. Es el cuerpo de un pasajero de autobús, nada del otro mundo, pero el puño en la barbilla (*lo imita*) quiere volverlo superior, casi subli-

me. ¡Por favor! ¡Un poco de respeto a la materia gris!

La inteligencia sólo existe en estado suelto, espontáneo, no puede ser una pose.

Parece dirigirse a alguien.

A ti te gusta la quietud. Tienes vocación de adorno. Llegas, te instalas, y tu serenidad mejora el ambiente. No se trata de algo forzado: no estás posando.

Pausa.

El tema es la lluvia, ya lo dije. ¿Cuántas cosas cambian cuando el cielo se descompone? Al mismo tiempo, todos los hombres somos iguales bajo la lluvia... (*Parece pensar en algo molesto, ve los papeles sobre la mesa, tratando de recuperar control.*)

La biblioteca ha sido amenazada por la lluvia. Hubo una época en que tuvimos goteras y me acostumbré a leer con una cubeta lado. No fue fácil vencer ese sonido: “¡plif, plaf, plif, plaf!” Las gotas caían como si fueran de arsénico. Un veneno rítmico: “¡plif, plaf!” Nos

avisaron que sólo podrían impermeabilizar cuando acabaran las lluvias. Me puse tapones en los oídos. Primero, unos de hule espuma, de una textura y un color repugnantes: parecían garbanzos radiactivos. No sirvieron de nada. Luego usé unos de cera, que se amoldaban al oído como una segunda piel. Eran tan buenos que se me incrustaron y acabé en el doctor. ¡Ir al médico por culpa de una cubeta de agua!

Bebe agua.

Decidí adaptarme. Extrañamente, lo logré. Un triunfo de la mente sobre la imbecilidad de lo real. Odio la meditación hueca: ¡no nací para *hippie!* Pero logré suprimir el entorno, ese lugar donde las secretarias comen galletas y los visitantes mascan chicle. El plif-plaf no desapreció completamente pero se convirtió en un suave rumor de fondo: plif-plaf, el metrónomo de mi lectura. Cuando finalmente acabaron con las goteras, casi extrañé el ruido. La mente es indescifrable. A veces, en las noches, recuerdo la compañía que el goteo me

brindó a lo largo de numerosas páginas... El goteo dejó de parecerme un veneno y se convirtió en algo triste pero bueno. "Lo que tiene de lágrima toda gota al caer", escribe Leopoldo Lugones, quien tuvo una auténtica muerte de poeta: se encerró en el Hotel El Tropezón, en El Tigre, una zona de ríos cercana a Buenos Aires, y se preparó una irresistible mezcla de whisky y arsénico. El placer y la muerte se mezclaron en su paladar.

Los poetas se liberan del mundo con la lluvia y al mismo tiempo logran una melancolía llevadera, la de un día nublado donde ni siquiera lo peor es completamente atroz. César Vallejo imagina así su último suspiro: "Me moriré en París con aguacero/ un día del cual tengo ya el recuerdo". La tristeza que se puede recordar es hermosa; el poeta anticipaba su fin como algo ya sucedido e incluso recordado, un jueves, bajo la lluvia, esa alta fantasía.

Necesitamos sonidos que no interrumpen pero acompañen, como el agua que cae. En

cambio, el silencio absoluto me deprime. No podría leer en una cueva, como San Jerónimo. Por eso la lluvia es buen tema: afecta al mundo sin acabar con él.

Podría haber empezado con la "Lluvia oblicua" de Pessoa, que cae con la discreción que el poeta tuvo en vida. Fernando Pessoa: alguien de voz baja, que vivía de prestado en una lechería y murió como pidiendo disculpas. Lo último que dijo fue: "Denme mis anteojos". Es la última voluntad de un lector. Quería leer en el más allá. Prefiero esa frase al delirio eléctrico de Goethe: "¡Más luz!" ¡Un poco de modestia, por Dios santo! El mesías pide un rayo del cielo; el auténtico poeta se conforma con unos anteojos. No critico a Goethe, pero la posteridad, que suele ser cursi, le atribuye una frase excesiva para un moribundo. La lluvia matiza las cosas, por eso a Pessoa le gusta que caiga en diagonal. No es una lluvia enfática, destructiva; cae con la timidez de lo que arruina un poco sin estropear nada. Esa lluvia tiene

una manera buena de ser triste. Los japoneses han utilizado esa imagen mejor que nadie. Su literatura está filtrada por cortinas líquidas. ¿Hay algo más melancólico que esos paisajes llovidos y las tazas de porcelana donde un sabio es retratado con una barba fluvial?

Una biblioteca es una lluvia que se detiene, pero no por mucho rato. Los libros siempre están en movimiento. Hay que encontrarles acomodo. Llega uno nuevo y debes desplazar todos los restantes. No sé si he pasado más tiempo leyendo o moviendo libros. Tengo el lumbago del erudito. No he leído tanto como esos expertos que saben todo de muy poco, pero la espalda me duele como a ellos. Paso la mitad del día agachado para leer y la otra mitad agachado para acomodar. La acupuntura, el masaje y los analgésicos ya fracasaron en mí. No hay forma de restaurar lo que la lectura arruinó en mi espalda. Pero hay males peores, no me quejo... Soledad era alérgica a los ácaros, y los libros producen ácaros. También era

alérgica a los ratones, y los libros producen ratones. Supongo que en el fondo era alérgica a mí. No he conocido persona más tiránica. Muchas veces me pregunto cómo llegué a aceptar su presencia. Yola trabaja de entrada por salida. Lava la ropa, cocina, escribe la lista del mandado y se va. Soledad vivía conmigo. Era imperial. Una chaparra imperial. Medía lo suficiente para limpiar las primeras cuatro repisas con su plumero. Todas las demás quedaban a mi cargo. Se quejaba de que yo no limpiara tanto como ella. Por eso tenía la nariz llena de polvo.

Al regresar a casa la veía con su plumero en alto, como una estatua sanitaria. La controladora de libros. Cuando la conocí admiré su determinación, su capacidad de orden, su temperamento recio, incontrovertible. Miraba con tal envidia que pensé que ante sus ojos los libros se clasificarían solos. Y no me equivoqué. Ordenó los libros con una dedicación que sólo puede tener alguien que los odia. Eran sus

prisioneros; los mantenía a raya con crueldad. Su abuelo fue un jefe indio, en los desiertos del norte. Un chichimeca ilustre. La mirada de Soledad había sido perfeccionada por generaciones de chichimecas acostumbrados a mandar. Esto no es sexy, lo sé, y sin embargo, cuando estábamos acostados la veía, iluminada por la lámpara que uso para leer, y su piel adquiría un estupendo tono rojizo, infrarrojo. Como las arenas de Marte. También me gustaba su boca dura. La boca de una cabrona impositiva que de pronto se relaja con una sensualidad que casi asusta. La fealdad puede convertirse en la virtud para quien sabe tolerarla. Apreciar su boca dura me hacía sentir virtuoso. Además, pocas cosas superan la rendición de una mujer que ha estado de malas todo el día. Es una conquista superior, como descubrir un oasis después de atravesar un desierto. Soledad me brindaba ese efecto de contraste: un placer, largamente pospuesto, casi imposible, surgido de su pésimo carácter.

Mi espíritu puede suprimir las gotas de agua que caen en una cubeta y puede anhelar el beso de una cherokee mandona que al fin se relaja, pero no pudo convertir a Soledad en Dulcinea. El Quijote idealizó a una puta, imaginándola princesa. Yo hubiera querido tener el don opuesto, vulgarizar a Soledad, pero no siempre logré que se deslizara hacia lo cachondo.

Se dirige a alguien:

Es una confesión íntima lo sé, pero llevo un tiempo compartiendo este espacio.

Bebe agua.

Soledad y yo tuvimos un problema de corrección de estilo: donde yo quería una conjunción copulativa, ella ponía una adversativa. Era tan fría y estaba tan abotonada —así: hasta el cuellito— que me excitaba imaginarle un frenesí sexual. Su dureza pudo más que mis mañas. Al final, me conformé con lo que anunciaba su nombre. *Nomen est omen*, decían los latinos. “El nombre es destino.” El de Soledad

lo fue. Para no respirar el polvo se ataba un pañuelo sobre la nariz, como una cuatrera del Oeste. Llegó a dormir con él. Sufrió lo suyo, no lo niego. Había libros hasta en la cocina. Ella los repudiaba a todos por igual, con una furia generosa. Nunca la vi leer un solo tomo. ¿Qué pudo ver en mí? Lo ignoro. Tal vez la seguridad que da alguien cautivo. Yo nunca iba a otra parte, mi vida transcurría entre la biblioteca y la casa, que es otra biblioteca; veía poca gente, las rutinas consumían mi espalda... ¡Los libros que ella trataba como presos me tenían preso! Supongo que eso le gustaba. Hay gente para todo.

Un día estornudó y dijo que se iba. También la seguridad cansa. Soledad quería ver el mundo. Había comprado un boleto para Alaska. Nunca sospeché en ella ese apetito de morsas y glaciares. De hecho, nunca le sospeché nada. “¿Quieres que vaya contigo?”, pregunté, temiendo que dijera que sí. “Por supuesto que no”, fue su respuesta. Dejó la casa en perfecto

orden y no se llevó nada. Bueno, sólo se llevó el plumero.

No lo pasé tan mal en su muda presencia. Además, me preparó para otro encuentro, justo lo contrario a lo que ella fue. (*Pausa. Abstracta.*) No sé si deba hablar de ella. ¡El tema es la lluvia! Divago demasiado, ¿pero qué es una conferencia sino una divagación organizada?

Pausa. Cambia de tono, ahora decepcionado:

Recuerdo el momento en que Soledad me amenazó con destrozarse un libro. Me había estado llamando para que fuera a cenar, pero no la oí. Nunca la escuché demasiado. Esa noche, un ratón tuvo a bien asomar sus orejas en nuestra sala. Soledad subió a una silla y gritó, como sólo puede hacerlo la hija de un gran chichimeca. Todos los ácaros que había tragado en esa biblioteca salieron de su garganta. Tampoco entonces la escuché. Estaba en otra vida, en la plenitud de lo que es imaginario. En ese momento no tenía vecinos, no había necesidad de pagar la renta, nadie anunciaba

desodorante para pies. Leía, en un limbo perfecto. Caía dentro de mí mismo, pero una mujer cherokee estaba subida en una silla.

Los libros me borran el entorno; en cambio, Soledad estaba inmersa en lo real. Percibía todo con agudeza, como ese personaje que "oía toser a las moscas". Aterrorizada por el ratón, mandó una mosca a mi silla de lector. Los insectos la obedecían. Tenía ojos de fumigadora. El caso es que una mosca zumbó en mi oído, desvió la vista y ahí estaba ella, dando alaridos. Pero eso es lo de menos. Había tomado los *Escritos de combate* de Rousseau y amenazaba con arrancar una página. El hombre que tuvo que huir en un carruaje a causa de sus escritos, el mártir de la libertad, condenado por el poder autoritario, el insigne Juan Jacobo, iba a perder una hoja en la tiranía de mi propia casa. Soledad había pellizcado la página con un gesto de rabioso desdén, el inconfundible gesto de quien se dispone a arrancarla. *Los Escritos de combate*

iban a perder una batalla. Me abalancé sobre ella, la tiré de la silla, rodamos por el piso, me mordió una oreja con una habilidad que seguramente se adquiere en los desiertos y me llamé "cobarde". Yo había preferido defender un libro que defenderla a ella. Entonces explicó que teníamos un ratón. "¿Por qué no lo dijiste?", pregunté. "Llevo media hora gritando", contestó. Nuestra relación no tenía sentido. Mientras tanto, el roedor desapareció sin ser detectado por mis trampas.

Soledad me llevó a un desconcierto que no sentía desde que entré a la cocina de niño y percibí la presencia de mi padre en la oscuridad. Estaba ahí, sentado, sin encender la luz. Y nadie podía hacerlo. Rumiaba algo en silencio. Odiaba a su jefe, odiaba el trabajo de cargador que le destruía los brazos, nos odiaba a nosotros. Aunque me acostumbrara a la oscuridad no podía verle la cara, tal vez porque temía ver su gesto de odio y frustración. A veces pienso que al fondo de todos los libros que he leído

está ese rostro que no podía ver y del que quería huir, el rostro de mi padre, odiando a los demás pero sobre todo odiándose a sí mismo, sin saber qué hacer, adónde ir, hundido en la cocina mientras su familia ya dormía. Nunca hablé con él, no supe hacerlo.

Ordeno una biblioteca. Doy conferencias. Nunca pude hablar con mi padre. Supongo que todo se conecta.

El silencio de Soledad no era tan grave, no debía ser roto. "Me gustas cuando callas porque estás como ausente", otra vez Neruda, que entendió la vida como un naufragio hacia dentro. Tengo buenos recuerdos de Soledad, pero el ratón nos acercó de un modo equivocado.

Parece dirigirse a alguien del público.

Como tú, odio los ratones, aunque quizá a ti te divierten más. No sé si deba decirte esto, se trata de algo personal que quizá viviste en alguna de tus vidas—a fin de cuentas todos llevamos varias vidas—. El pleito físico con Soledad me predispuso a un asalto salvaje por la noche.

El sexo de reconciliación es más intenso que el sexo por acuerdo. Pero ella se había blindado. No usaba pijama. Se enrollaba en una manta como una cherokee amortajada. Esa vez no hubo forma de desenrollarla. Tensa, inmóvil, sufría por dentro, con gran autocontrol. En cambio, yo salí del pozo de la lectura, me peleé con una apache, sentí su mordisco en la oreja y quise copular con ella. ¿Qué clase de primate soy?!

No siempre he amado de ese modo. El carácter es tan variable como el clima. He tenido encuentros en una atmósfera distinta.

“Todos nos reservamos algo para una tarde de lluvia.” ¿Dónde leí eso? Debería incluirlo en la conferencia. En realidad, la cita es otra: “Él aprovechó lo que toda mujer se reserva para una tarde de lluvia”. Pertenece a un autor inglés, estoy seguro. En Inglaterra llueve mucho; ahí los arrebatos de las mujeres dependen de las nubes. Supongo que eso también afecta a los hombres, pero un hombre se puede mo-

jar sin gracia mientras que a una mujer la lluvia siempre le otorga algo, una especie de bautizo. Conocí a Laura con el pelo mojado. Sonreía, como si no le importara haberse empapado. El pelo —negro, húmedo— le caía sobre el rostro como una planta. Le ofrecí un pañuelo. Pertenezco a la última generación que salió a la calle con pañuelo. Le tendí el pañuelo, venturosamente limpio, y ella lo pasó sobre su pelo con suavidad, como si tocara una sombra.

Laura había ido a la biblioteca a revisar la sección de textos restringidos, recomendada por *el Gordo Mendívil*. Me gustó que alguien que se conducía con la delicadeza de un espectro quisiera asomarse a un libro muy pesado, de hojas tan gordas que parecían hechas de piel. La vi pasar las páginas, páginas tan antiguas que parecían pellejos. “¿Puede un ángel desollar un cuerpo?”, me pregunté. Me había enamorado de ella.

Sucedió como en un pasaje de Cortázar: “Lo que mucha gente llama amar consiste en

elegir a una mujer y casarse con ella". Fue lo que ocurrió con Soledad. Nos elegimos como se eligen prendas de ropa. "A Beatriz no se la elige, a Julieta no se la elige", dice Cortázar: "No elegís la lluvia que te va a calar hasta los huesos cuando salís de un concierto". Al ver a Laura sentí eso. No elegí: amé. Llovió encima de mí.

Me sentí tocado por un halo luminoso. Un resplandor despertó en mí insospechadas energías. ¡Amanecí, señoras y señores! Para entonces, ya hacía mucho que Soledad se había ido con su plumero.

Pregunté el nombre de la diosa. Se llamaba como la musa de Petrarca. Esto me pareció una señal, aunque todo me hubiera parecido una señal. El amor es un intérprete obsesivo.

Ahorraré los pormenores de mi nerviosismo. Baste saber que la torpeza se puso de mi parte. Tropecé, tartamudeé, me rasqué la cara de un modo que a ella le resultó encantador. Fui vulnerable. Laura venía de un santuario

académico donde el más inculto de sus colegas traducía del griego clásico. Tuve la suerte del despistado; caí a sus pies cuando le llevaba unos tomos virreinales. Me vio en el suelo y me dirigió una sonrisa avasallante.

Era bastante joven pero su vista ya se había debilitado con la lectura. Cuando se quitaba los lentes me miraba como si yo fuera un pez en un acuario, un pez pegado al vidrio, que trataba de nadar hacia ella. Me gustaba cómo me veía sin enfocarme, aislado en mi pecera.

Parece dirigirse a alguien en el auditorio:

La miraba como tú la hubieras mirado.

Laura me eligió como se elige un libro en una biblioteca. Ignoro si me escogió por el título, el lomo, la portada, la tipografía o por mi ubicación entre otros libros. No sé qué clase de texto fui para ella. Una tarde definitiva me llevó a un hotel cercano, con esta frase prometedora: "Si no te parece suficientemente sórdido, busquemos otro".

Bebe agua.

Fui su rehén amoroso. Con ella conocí una dicha corporal que no creí que me estuviera destinada. "Nadie, ni siquiera la lluvia, tiene manos tan delicadas." Un verso de cummings. ¡Cómo me gustaría sentir ahora esas manos en mi espalda! Manos como una caricia de agua.

Aprendí a amar sus gestos. Cuando sus dedos reposaban sobre una mesa, no había otra forma de tocar una mesa. Los movimientos que en los demás eran comunes en ella constituían un absoluto, un dogma de la perfección. La veía atarse la trabilla del zapato o doblar un klínex como quien contempla una anunciación. La amé con una intensidad desconocida, que no me da vergüenza confesar.

Pero yo sólo le interesaba parcialmente. No soy un hombre apuesto y carezco de ese magnetismo indescifrable que se llama "carisma". No era una chica que pudiera deslumbrarse con yates o mansiones, pero sí admiraba las posesiones intelectuales, el prestigio del que

sabe algo único. No soy una figura del pensamiento; tampoco soy un atleta que despierta aguerridos entusiasmos corporales. Ignoro lo que ella vio en mí, pero sólo deseaba una relación física. "Fuera del organismo, nada", así me dijo.

Es posible que mi torpeza le haya parecido una forma de la sinceridad. Estaba harta de la sublime pedantería de sus colegas. Ante ella, mi cuerpo reaccionaba con la franqueza del que ama. Nuestro acuerdo táctil era perfecto, y no quiso nada más.

No aceptó ir a mi casa. Jamás fuimos a un restaurante ni paseamos por un parque. No supe las deliciosas cosas que saben los amantes. Ignoré el sabor que más le gustaba, las cucharadas de edulcorante que usaba para el té.

Me decía cosas vagas de su pasado, que no alcanzaban a ser anécdotas.

Un día comentó: "Nuestros encuentros son mágicos. ¿Para qué quieres que sean normales?"

¿Qué podía expresar mi estado de ánimo? Un verso de Verlaine: "Llueve en la ciudad como llueve en mi corazón". Sí, mi corazón lloraba. Es una frase exagerada, lo sé. También es verdadera. El amor tiene una sed de absoluto. No me refiero a su carácter posesivo, sino a la necesidad de compartirlo todo y conocer al otro, hasta donde eso es posible.

El Gordo Mendívil me había acusado de tratar a Soledad como a una sirvienta. ¡Ella era mi tirana! Su incultura no le impedía dominarme.

Laura me sometió a un castigo refinado. Una tortura deliciosa, insoportable, la tortura de la dicha a medias. Me daba un placer extraordinario pero siempre parcial. En cambio, ella estaba satisfecha. Lo poco que yo le daba le parecía suficiente. ¿Quería demostrar que también un hombre puede ser un objeto del deseo? No, estaba lejos de esa simple revancha feminista. Deseaba, así me dijo, permanecer en mi zona verdadera, mi zona de sinceridad, en

la que yo no tenía secretos. No quería asomarse a mis defectos, conocer mis neurosis, abrir una ventana a mis caprichos. Intuía que sólo alguien con una mente muy revuelta podía tener mi cándida torpeza corporal, mi desorganizada manera de lidiar con sus botones. No quería conocer las aguas turbias que explicaban mis encantadores temblores físicos. "Fuera del organismo, nada", ése era su lema.

Yo no podía rebatirla. Admito que no siempre soy agradable. Tengo manías y me irrito con facilidad. La mayoría de la gente me cae mal a priori. Odio la ignorancia y desconfío de los que creen saber. Me cuesta trabajo deshacerme de mis ideas fijas. No puedo ver a un hombre en huaraches. Si es un campesino, lo respeto. Si no, siento una repugnancia sólo superada por la contemplación de unos huaraches con calcetines. Me gustan los pies de las mujeres pero detesto la aparente soltura del hombre que desnuda sus dedos. Hay demasiadas cosas que no soporto. Si alguien corta el

espagueti con cuchillo, estoy a punto de encarlarle el mío.

No soy ameno. No sé hablar de películas ni puedo contar historias de mis viajes. Entre otras cosas porque no voy al cine ni hago viajes.

Para ser aceptado, el mal carácter necesita tener autoridad. Se acepta, e incluso se espera, que el gran pensador o el artista convulso sean personas desagradables. Su exaltada sensibilidad no puede estar de acuerdo con el mundo. Pero no soy un genio; mis manías son las de alguien que piensa demasiado sin que eso sea original. Laura conocía mis torpezas llevaderas, las del bibliotecario que usa los libros para tropezar con ellos, no quería entrar en los oscuros pasillos de mis obsesiones.

“Fuera del organismo, nada.” La frase aborrecible me persiguió durante nuestra relación. Hasta que un día, un día de lluvia, para ser precisos, encontré esas palabras en un li-

bro. Laura, que celebraba mi organismo y quería desconocer mi interior, había usado una cita literaria. Perteneía a una novela de Ledo Ivo. Ahí, una puta decía: “Fuera del organismo, nada”. Su profesión se definía por no ver a sus clientes fuera de la cama. No pude asociarla con mi amada. Sus causas para separar la mente del cuerpo tenían que ser más complejas.

Se había dado el lujo de usar una cita para mantenerme lejos de su mundo interior. Me pregunté si otras de sus frases —acaso las que parecían más sinceras, producto del éxtasis físico— serían notas de pie de página.

Laura era un libro que yo abrazaba sin comprender su significado. Un libro único, valiosísimo, escrito en una lengua desconocida. No formar parte del resto de su vida me hacía sentir que poseía un libro indescifrable. No me bastaba su cuidada encuadernación en piel, su tipografía atractiva, sus ilustraciones en miniatura. ¡Quería leer a Laura!

¿Otros sí podían hacerlo? Sentí celos indeliberables de la persona capaz de conocer sus recuerdos, sus historias, sus chismes.

El Gordo Mendívil la había recomendado conmigo. Lo fui a ver con el pretexto de recoger unos libros que le había prestado. En este país, quienes leemos en serio acabamos por conocernos tan bien que nos tememos. No es fácil prestarle libros a alguien que los ama lo suficiente para no devolverlos. Entre perder una amistad y perder un libro, cualquier bibliófilo prefiere perder una amistad.

El Gordo me recibió en su estudio, con un whisky de dieciocho años del que, avaramente, sólo sirvió unas gotas. Siempre he querido ser gordo. Se trata de un anhelo frívolo, lo sé, pero admiro a los hombres que administran sus carnes con satisfacción y adquieren una contundencia que no admite discrepancias. Un gordo culto convence más fácilmente que uno enjuto. La gordura parece una asimilación del saber; en cambio, los flacos absorbemos cosas

sin evidencia. En un hombre público, la gordura produce un respeto que se perfecciona con una calva. Un cráneo pulido otorga majestad. Anhele esa combinación que en círculos más limitados se considera defectuosa: la calva y la gordura.

El Gordo Mendívil perfeccionaba su figura con un tercer defecto: un parche en el ojo. Miraba como un cíclope. Concentrado, exigente. Además, el Gordo era *premiable*. Daba gusto darle algo. Salía en las fotos con una felicidad contagiosa, como una morsa sagrada. Junto a él, los demás parecíamos homúnculos.

Fue un erudito que logró ocultar lo que sabía. Hablaba doce idiomas y logró guardar silencio en todos ellos. Le decían el “último humanista”, no por lo que escribía sino por la necesidad de que alguien sea el último en su género. Mientras más engordaba, más delgados eran sus libros. Generaba una paz extraña. Era como un libro de consulta. No había necesidad de revisarlo, pero era bueno que estu-

viera ahí. Su sola presencia otorgaba confianza en el saber.

Su destino culminó en la más alta actividad cultural que ofrece esta ciudad: fue velado en Bellas Artes. Siempre dijo que Bellas Artes era la funeraria más exitosa del país. Sabía que acabaría ahí, en un ataúd extragrande.

Cuando lo fui a ver para hablar de Laura aún le quedaban cinco años de vida. “Laurita se ha prendado de ti”, dijo antes de que yo sacara el tema. “Ten cuidado. El amor es una caída que produce raspones. *‘To fall in love’*. El que ama cae. Aunque supongo que tú más bien tropiezas”, sonrió con la plenitud que sólo puede tener un obeso.

¿Laura le había dicho algo de mi nerviosa conducta? Me pareció, más que nunca, una mujer escrita en arameo, la mujer que yo no podía leer.

Mendívil me devolvió los libros menos uno, *Las mil y una noches*, en la versión del capitán Burton, que aún estaba “compulsando” —le

gustaba usar ese verbo esnob, innecesario en un gordo relleno de cultura—. Hay muy pocos ejemplares de esa versión. Yo tengo uno de los diecisiete tomos. La edición se limitó a mil ejemplares, con el compromiso judicial de no reimprimirse. Yo cambié la modesta casa de mi padre por ese volumen. El sitio donde lo vi sufrir en la oscuridad se transformó en ese río de historias que desafían la muerte. Fue algo excesivo para mí, el Gordo lo sabía. Me lo pidió prestado para tentarme, para saber hasta dónde podía llegar mi afecto.

Le debía muchos favores —el trabajo en la biblioteca, centenares de libros de su colección que me ha permitido tener por meses en mi casa—, negarme hubiera sido un agravio.

Sentí un tirón en el vientre cuando dijo que deseaba conservar *Las mil y una noches* de Burton algún tiempo más. Antes de despedirme me previno: “A tu edad es arriesgado echar una cana al aire. Laurita ha destruido muchos corazones”. La verdad es que comenzaba a

arrancar el mío, como una sacerdotisa azteca. Nuestra felicidad era perfecta pero yo quería algo más. Me molestó que el Gordo supiera cosas de ella y adivinara o incluso estuviera informado de nuestro romance.

¿Qué necesidad tenía Laura de marcar ese límite infranqueable? ¿Por qué no podía pasar yo a la otra parte de su vida?

Pausa. Mira el reloj.

Decidí confrontarla pero tardé en hacerlo. Su belleza me dejaba sin argumentos. Sus ojos me obligaban a darle la razón. No quería perderla. Jamás le había visto un arrebato ni un ataque de ira. Ante mí había sido emocionalmente perfecta. Ignoraba lo que sería capaz de hacer en caso de que yo la hartara. Finalmente me decidí. Desesperado, miré las sábanas revueltas en nuestro cuarto de hotel y hablé con la fuerza interior de un burócrata cualquiera: “No quiero una relación mágica. Quiero una relación normal”.

Me vio de un modo maravilloso. Sus ojos

color miel se llenaron de lágrimas. Mi simplicidad la había conmovido. Le costó trabajo encontrar algo que decir. Finalmente pronunció unas frases que había memorizado. Con toda calma, citó: “No se puede tener lo de hoy y lo de ayer, no se puede ser a la vez quien se ha sido y quien se es. Hay que escoger. La felicidad ha de ser una. No puedes tener el sol... y la luna”.

Yo quería *una* felicidad, ¡con ella! Se lo dije, mojado sus dedos delgados con mis lágrimas. “Eso sólo puede perjudicarnos”, comentó. “¿De veras quieres que yo sepa cómo eres?”, me acarició el pelo.

Tenía razón: yo quería poseer sus historias, pero era mejor que ella no conociera las mías. Cada vez que se me acaba el jabón guardo en una caja de plástico el último trocito, que ya no limpia nada. Al cabo de unos meses mojo todos los trocitos y con ellos hago un jabón grande y amorfo, no muy agradable, con el que me ahorro unos pesos. Laura no tenía

por qué saber eso. Lo reconozco: no puedo ser agradable a cada rato.

Salí devastado del hotel. Estuve a punto de llamar a Mausoleos de la Piedad para aceptar la cripta *premium* que me habían ofrecido. Me sentí tan mal que no traté de encontrar la cita de Laura en un libro. La busqué en Google, ese laberinto de los desesperados. Las palabras eran de Ramuz. En *Historia del soldado*, el protagonista le pide dos felicidades al diablo y ésa es su ruina.

Por lo común, dos felicidades se asocian con dos personas. Laura era distinta: no quería que yo le pidiera dos felicidades a la misma persona. A partir de ese momento enloquecí.

Mi ruina, por supuesto, fue un libro. Decidí seguirla sin saber que ese largo itinerario me llevaría a algo de mí mismo. Ella tenía un coche pequeño, de inspiración japonesa, que manejaba con temible celeridad. Me costó trabajo seguirla en taxi.

No me extrañó que se dirigiera al campus de la universidad. Se estacionó en una zona para profesores, bajé del taxi y la seguí a lo lejos. Vio su reloj y sonrió. Había llegado antes de lo previsto. Se sentó en una banca, bajo un árbol frondoso, y sacó un libro. *¡Las mil y una noches*, en la versión de Burton! *El Gordo Mendivil* se lo había prestado, por eso aún no me lo devolvía. Además de bibliográfica, ¿la relación con mi amigo también era táctil? No lo creo, necesito no creerlo.

Para tranquilizarme, para no tocar fondo en la locura, para mantener un anhelo, pensé que ella quería conocerme de otro modo. La vida de los gustos compartidos que me había vedado hasta entonces podía llegarle a través de ese volumen, el más codiciado de los míos. Leer eso era una forma de quererme. ¿Por qué no me preguntaba mi opinión? ¿Por qué no me pedía el libro? ¿Por qué no podíamos leerlo juntos?

Pasé varias noches en vela antes de nuestro siguiente encuentro. Cuando nos vimos

yo tenía ojeras de poeta ultraísta. Me costó trabajo pasar por los protocolos del deseo. Mi pasión carnal disminuía. Vi el techo de ese triste cuarto de hotel, manchado de salitre, y mencioné el libro que no me había devuelto el Gordo. “Me interesa lo bueno de ti”, dijo ella, en forma enigmática.

Mientras más angustiado está un amante, más vanidoso se vuelve. Necesita hacerse presente en cada gesto de la amada. Con gratificante egoísmo, pensé que leía los libros que yo le daba a Mendívil para conocerme mejor. Se trataba de obras maestras, una afición que no podía perjudicarme. ¿Por qué no me las pedía directamente?

Mis ideas se movían en péndulo. De pronto pensé otra cosa: lo “mejor de mí” eran los libros, no mis comentarios sobre ellos. Por eso no los discutía conmigo y ni siquiera me los pedía.

Yo oía su brusca respiración cuando dormitaba entre mis brazos, el chorro de su orina en el baño, el soplido de vaho que arrojaba para

limpiar sus lentes como la música más afortunada.

¿Qué sabía ella de mí? ¿Podía intuir mi personalidad a partir de lo que veía en mí, mi empleo en la biblioteca, el temblor de mis manos ante su sonrisa, la predisposición a quererla como sólo puede hacerlo quien le imagina perfecciones?

Insistí en hablar del codiciado libro que ella tenía: “Cada noche, Sherezade cuenta una historia para ahorrarse la muerte; nosotros vivimos nuestras noches para ahorrarnos una historia”, le dije. La frase era pomposa y técnicamente falsa: nos veíamos de tarde, no de noche, pero admitir eso hubiera arruinado el efecto de contraste. “Si eres feliz no necesitas una historia”, respondió ella: “Déjale eso a los que tienen que salvar su vida y compensan sus dolores contando cosas”. Rodó sobre la cama y me vio a los ojos: “¿Te gusto?”, preguntó. Era obvio que me gustaba pero por primera vez me pareció egoísta, presumida, segura de

sí misma. No supe entender que si atesoraba sus gestos y sus ruidos minuciosos era, precisamente, porque no le conocía nada más.

Esa tarde infausta imaginé otra posibilidad: quizá no fuera tan perfecta, quizá tuviera cuatro hijos —uno de ellos con labio leporino— a los que descuidaba por retozar con un bibliotecario. ¡Yo era la prueba de su imperfección! ¿Qué otra evidencia necesitaba?

Esa tarde ella olvidó un paraguas en la habitación. Un paraguas negro, como tantos otros, que la circunstancia volvió fúnebre.

Dejó el cuarto de prisa porque tenía que dar una clase. El paraguas quedó en un rincón, como un pasaporte a su otro mundo. Quise devolvérselo.

Fui a la facultad y pregunté por ella. Me atendió una mujer con anteojos de fondo de botella, alguien que podía simpatizar conmigo. Le sorprendió que un bibliotecario se tomara el trabajo de devolverle algo a una investigadora. Me dio su dirección.

Me aferré al paraguas como a un talismán y fui a su casa, en un barrio apartado. Si la travesía hubiera sido más corta, habría llegado con menos especulaciones en la cabeza.

Una ventana estaba encendida. La ventana del destino.

¿Puede alguien resistirse a un resplandor enmarcado en la oscuridad? Ya imaginas lo que hice: me asomé a donde no debía. Vi lo peor que podía ver: Laura era feliz, lejos de mí, junto a alguien que a todas luces la quería. Conocía esa expresión de dicha porque ella la usaba conmigo. Laura sí tenía dos felicidades, pero ambas debían estar a la mitad para existir; no debían unirse, y yo lo había hecho. Lloré, enjugando mis lágrimas en el paraguas. Al cabo de un tiempo comenzó a llover y el agua cayó sobre mí como en un poema de Eliseo Diego, “como un ajeno llanto por mi cara”.

Regresé, pisando charcos, con el paraguas cerrado. Cuando ya era innecesario, lo abrí.

Fui a casa de Mendívil. “Laura olvidó esto”, le tendí el paraguas.

Cuando murió, sus libros fueron donados a la biblioteca donde trabajo. Es uno de nuestros mejores fondos. Estuve encargado de clasificarlo. El primer volumen que busqué fueron *Las mil y una noches*, en la versión de Burton. Ahí estaba. Pasé mis manos sobre las páginas que recibieron las adoradas caricias de Laura. Tenía derecho a recuperarlo, pero hubiera sido difícil explicar que ese ejemplar era mío. Prefiero que esté en la biblioteca, aguardando otros encuentros.

No volví a ver a Laura, *Bruno*. Supongo que me descubrió en su casa, asomado a la ventana, porque tampoco ella quiso saber de mí. Me quedé demasiado tiempo bajo la lluvia, empáñome, sin abrir el paraguas. Tal vez ella se asustó al ver una mancha rosácea junto al cristal mojado, un molusco bajo la tormenta. Quizá en un principio pensó que yo era un ladrón o un perverso y luego supo que era algo peor:

el hombre que podía quererla a condición de no estar ahí. Entendió que yo había roto el pacto; la había traicionado. “Hay que escoger. La felicidad ha de ser una.” No aprendí la lección.

Laura recogió el paraguas en casa de Mendívil, sin la menor sorpresa ni preguntar quién lo había llevado ahí. El Gordo me lo dijo, entornando los ojos como un erudito que sabe “algo más”.

Ella no volvió a la biblioteca. Al día siguiente de la desdichada visita a su casa, un mensajero llegó a verme con una cesta en la que estabas tú. “Para tus ratones”, decía una nota, firmada por Laura, con la *ele* líquida que tan bien trazaba.

Eras un gatito precioso, color café con leche, con un moño rojo y un cascabel en el cuello. Laura supo que serías mi compañía perfecta. Te he visto teclear en la computadora cuando me descuido, con displicencia de sabio chino. Una vez llenaste toda la pantalla con el número siete, que no conoces pero intuyes. Te he

visto pasar por las mejores repisas de la casa, escogiendo siempre zonas ilustres del librero. Te he visto ronronear satisfecho mientras leo y has tenido la enorme discreción de no traermes nuestros comunes enemigos, los ratones que seguramente cazas. Te he visto salir de noche rumbo a tu otra vida, que no necesito conocer, y regresar con el pelambre descompuesto sin que eso implique una tragedia ni me motive a hacer preguntas. Te he visto beber mi taza de leche, y eso me gusta. No sabes que eres mortal y que la felicidad debe ser una, pero no necesitas saberlo.

Cuando no estoy en casa ocupas mis espacios. Lo sé por los pelos que dejas en el sillón y encima de mi almohada. Y cuando estoy aquí me recuerdas quién te trajo. Algo de Laura vive en ti. Eres la vida que no pude atrapar en ella.

Me gusta decir tu nombre: *Bruno*. Lo pronuncio y sé que no hay ratones y que no estoy solo, aunque no te vea, aunque tardes en llegar con tu elegancia silenciosa. “Ven gato,

acércate: eres mi oportunidad de acariciar al tigre.” Son palabras de José Emilio Pacheco.

Alguien subrayó esos versos en la biblioteca. A veces pienso que fue ella. Dejó una *ele* al margen, una *ele* líquida. Laura quiso ser acariciada sin que yo tocara lo que llevaba dentro, su posibilidad de tigre y garra y sangre y destrucción.

Tal vez exagero, *Bruno*. Los lectores somos exagerados, muchas veces inventamos asociaciones. Después de todo, no es necesario justificarte, nunca lo ha sido.

Me gusta que te detengas a escucharme, quieto como un adorno. Quería darte una conferencia pero he perdido los papeles. A veces es bueno no encontrar las cosas. ¿Qué sucede cuando encuentras un paraguas, *Bruno*? No te gusta mojarte. A mí tampoco. Lluve mejor en la imaginación. Algunos poetas han sabido desarreglar el cielo. De eso tratará mi conferencia, cuando finalmente pueda darla.

El tema, ya lo sabes, es la lluvia.

Conferencia sobre la lluvia aborda una situación teatral por excelencia: hablar en público. Un conferencista extravía sus apuntes y el nerviosismo lo lleva a decir cosas impensadas. El tema de la charla es la relación entre la lluvia y la poesía amorosa. En el vértigo de la improvisación, el protagonista habla de sí mismo pero no abandona su propósito original; a su mente acuden los poetas que han cambiado el clima con sus versos. De manera fascinante se mezclan dos formas del discurso: la conferencia y la confesión.

Protagonizado por un bibliotecario, este monólogo escrito por Juan Villoro es una honda y muchas veces irónica reflexión sobre la vida de los libros y las emociones que despiertan. Una biblioteca es una colección de amores, repudios, sospechas y nostalgias, por lo que dicen sus volúmenes, pero también por el modo en que han sido leídos.

Conferencia sobre la lluvia depara una sorpresa final: el destinatario de la charla. Si un libro depende del lector, una conferencia depende del público. La voz tiene sentido si alguien la oye. Misteriosamente, también define a quien la oye. Escuchar es ser interpretado.

Un conferencista habla en escena. Ha perdido sus papeles y sus palabras se precipitan. Mientras tanto, una presencia sigilosa lo escucha con el azoro que provoca la caída de la lluvia.

ISBN: 978-607-411-126-2

